

LOS CABALLOS FUERON COBARDES

de Josué Almanza

Versión libre de *La señorita Julia* de A. Strindberg
y *Después de ti, Señorita Julia* de P. Marber

PERSONAJES:

JULIA

JUAN

CRISTINA

Escena I.

Un establo. Cristina talla el piso con un cepillo. Entra Juan.

JUAN: ¿Has terminado?

CRISTINA: He tallado las maderas del piso y he cubierto el cadáver con paja. El olor no tardará en llegar a la cocina.

JUAN: Son las entrañas. Se le han reventado. Por eso es tan penetrante. Lo quemaremos a primera hora. Ya he mandado a cavar detrás de las hayas. Es mejor no hacerlo cerca de la hortaliza.

CRISTINA: ¿Ya le has avisado a la señorita Julia?

JUAN: No fue necesario. Ella misma descubrió el cuerpo. Pasé toda la tarde pensando como darle la noticia, pero la encontré aquí, con la sangre mojándole los pies. Y me reprendió. Me dijo que le había negado la

oportunidad de presenciar la muerte de la yegua. Su locura está alcanzado el límite.

CRISTINA: Anoche no podía conciliar el sueño y la escuché cuando caminaba descalza, lo sé porque sus pasos no son ligeros. Y tiene ese ritmo, es inconfundible. Estoy segura que era ella quien merodeaba en el patio trasero, cerca de los dormitorios de los criados.

JUAN: ¿Crees qué...?

CRISTINA: Ya no sé que pensar. La gente habla. Y mis oídos dejaron de ser sordos a los rumores de esta casa. Las mujeres se reúnen y ella siempre se hace presente como tema de conversación. No me queda más que bajar la mirada y corregir los dobleces de mi vestido una y otra vez para esquivar sus miradas. En algún momento dejarán de tener pudor y comenzarán a preguntarme. ¿Qué se supone que debo decir?

JUAN: Nada. Tus ojos no han visto nada, no hay por qué mentir.

CRISTINA: Pero esa indecencia suya.

JUAN: ¿Qué haces además quedándote en el muelle más de lo necesario? No estarás dejándote infectar por ideas socialistas, ¿verdad?

CRISTINA: Por supuesto que no.

JUAN: Si el señor te escuchara, te pondría en dos segundos en la calle. ¿Eso quieres? ¿Mendigar? Suficiente tiene ya como para que las manzanas podridas lo sorprendan infectando al resto desde las entrañas de su propio barril.

CRISTINA: ¿Qué pasa, Juan? Los lobos no le temen a las liebres. Ven, mejor llévame al baile de esta noche. ¿Lo has olvidado? Es noche de San Juan.

JUAN: No lo he olvidado. Debo asearme. La señorita me ha pedido que la lleve.

CRISTINA: ¿Y cómo? No hay yegua para montar.

JUAN: He de llevarla en brazos si es necesario. Un criado nunca descansa.

CRISTINA: ¿Y por qué no soy yo la mujer a la que has de llevar en brazos? Soy yo la que se casará contigo.

JUAN: Calma, Cristina, que estos brazos no se cansan ni talando cien robles. Deja las actitudes de envidia a las mujeres del tablado, que suben cada vez más sus faldas intentando seducir demonios. ¿Ya has dado de beber a las cabras?

CRISTINA: El pozo está vacío, he ocupado lo último para la limpieza.

JUAN: Debe ser por la festividad. Dales de beber un poco de su propia leche, no queremos más animales muertos. Ya caerá agua después de media noche cuando sólo los borrachos se quedan en la plaza.

Entra Julia.

JULIA: ¡Cristina! ¿Interrumpo? No pensé que las caballerizas fueran lugares sugerentes para escenas de alcoba, pero ahora que lo pienso, a ti Juan debe resultarte irresistible.

JUAN: Señorita, sólo estamos planeando la cremación de la yegua.

JULIA: ¿No pensarás que yo permitiré semejante acto? Sólo las brujas mueren al fuego. Denle su cuerpo a los mendigos, ellos se encargarán del resto.

JUAN: No sabemos si ha muerto por alguna enfermedad, estaba perfectamente sana hace unos días.

JULIA: Si algo padecía esa yegua eran recuerdos de guerra, Juan. Montarla era sentir el temblor de sus músculos. Fueron los hombres los que la hicieron temerosa y frágil, ¿por qué no enfermarlos a ellos con lo mismo?

JUAN: La carne está podrida.

JULIA: Bien, deseo que la cocines de inmediato, Cristina.

CRISTINA: ¿Señorita?

JULIA: Me oíste.

Pausa.

JULIA: Estoy bromeando. ¿Es que ya nadie se divierte en esta noche? Hubieran visto su semblante: Juan, más pálido que las patas de un ratón de panadería; y Cristina, con el rostro más hundido que el culo del rey. He venido porque he vuelto a perder mis zapatos, necesito que me prestes unos, Cristina.

JUAN: ¿Cómo ha perdido los zapatos?

JULIA: Los he arrojado a la cabeza de un grupo de hombres que me gritaron palabras obscenas al pie de mi ventana.

JUAN: ¿En qué momento pasó eso? Yo mismo los hubiera ahuyentado.

JULIA: Ah, no era necesario. En realidad les arrojé mis zapatos para que avivaran sus fantasías.

JUAN: No debió haber hecho eso.

JULIA: Fue una escena divertida. Te hubiera encantado verla, Cristina. A uno de ellos debí haberle sacado un diente con la madera del taco.

JUAN: Fue intempestiva.

JULIA: Hay dos formas de domar a las bestias: con golpes o con comida. La diferencia es que con la segunda se vuelven dóciles, y cuando menos se dan cuenta, son dependientes de la mano que los alimenta. Recuérdalo entonces, Cristina, no hay hombre más peligroso que aquel que no se muestra embravecido por ti, porque puede que ya esté siendo domesticado por otras manos.

JUAN: Haré rondas por la noche para que pueda estar tranquila.

JULIA: Eres necio como una tempestad en verano. Pero no planeo llegar antes del amanecer a esta casa. Cristina, busca entre tus pertenencias los zapatos más nuevos, hoy les gastaré las suelas. Sabré recompensarte.

CRISTINA: Sí, señorita.

Cristina sale.

JUAN: No debería estar aquí, el olor es terrible.

JULIA: No me molesta, eso demuestra que todos somos iguales. Después de la muerte no queda sino polvo. Tú, yo, somos carne, después no seremos nada. ¿Te gustó lo que dije?

JUAN: No sabría, no comprendo realmente lo que quiere decir.

JULIA: ¿Alguna vez has fantaseado con ser señor de la casa?

JUAN: La mayor virtud del hombre es aceptar su lugar en el mundo.

JULIA: ¿Y tú lo aceptas?

JUAN: Nunca lo he cuestionado.

JULIA: Mientes. Dicen que el olor de un mentiroso es más fuerte que la de un muerto.

JUAN: No sé a dónde quiere llegar.

JULIA: Ayer te escuché en el granero.

JUAN: Está confundida, ayer dormía en mi habitación.

JULIA: Debo admitir que al principio pensé mal de ti, creí que te encontraría copulando con animales de granja, y me dije: está bien, es normal que algunos criados hagan eso; pero lo que hacías era mucho más interesante.

JUAN: Deberíamos regresar, se hará tarde para...

JULIA: ¿Quiénes eran? ¿Laboristas?

JUAN: Por favor baje la voz.

JULIA: Mi padre está en Londres, y a menos que haya algún soplón escondido en este establo, no hay nadie más de quien debas temer.

JUAN: Sólo los escuché.

JULIA: "Todos somos iguales."

JUAN: Son tonterías.

JULIA: "Todos merecemos el mismo trato."

JUAN: No volverá a pasar.

JULIA: No me parece tan errado.

JUAN: A mí sí, le juro que me equivoqué, le ruego no le diga nada a su padre.

JULIA: ¿Responderás a mi pregunta? ¿Alguna vez has fantaseado con ser el señor de esta casa?

JUAN: Jamás podría.

JULIA: Deja de ser pusilánime. Todos quieren lo mismo. Obreros, criados, todos desean un poco de esto.

JUAN: Tenemos suficiente.

JULIA: ¿Tienes suficiente, Juan?

Julia se acerca a él.

JUAN: Deberíamos salir de aquí.

JULIA: Yo he soñado que soy una yegua. Es un sueño recurrente. Una yegua blanca y salvaje. ¿Tú cómo me domarías?

JUAN: Jamás podría verla como a un animal.

JULIA: Sólo se trata de perder la costumbre, podríamos pensar que todo puede ser diferente. Por eso no me parece tan malo lo que les escuché anoche. Debería votarlos, perder un poco la vergüenza y aceptar no eres nadie, sólo un criado. Por lo tanto si alguien te ofrece una mejoría, deberías aceptarla.

JUAN: Sólo están jugando a la política.

JULIA: Por supuesto, todos lo hacemos. Pero no es la política lo importante, sino el juego, ¿no te parece?

JUAN: Es peligroso.

JULIA: Por eso vale la pena, por eso hoy no seremos políticos, sino juguetes de la noche. Bailaremos y bailaremos hasta gastarnos el aliento.

JUAN: No soy el indicado, soy terrible en los tablados.

JULIA: Puedes mirarme entonces. Te gusta, ¿no? No sientas pudor, mi cuerpo está más desarrollado. Sé como me miran los hombres. Y sé también cómo me miran las mujeres.

JUAN: A la gente no le queda más que admirarla.

JULIA: Puedes dejarte de galanterías, no hay nadie que juzgue tus buenos modales. Quiero escucharte hablarme como anoche le hablabas a aquellos hombres.

JUAN: Jamás podría dirigirme a usted con el tono con el que me dirijo a los ladrones.

JULIA: Vamos, Juan, suelta un poco a ese farsante que llevas dentro. ¿O es que debo reeducarte?

JUAN: No es necesario. Yo obedezco sus órdenes siempre, señorita Julia.

JULIA: Entonces quiero que me hables como le hablas a Cristina. Quiero que bailes conmigo como bailarías con ella. Que me toques como la tocarías a ella.

JUAN: Ya estuvimos demasiado tiempo aquí adentro, su vestido se impregnará del olor.

JULIA: Entonces he de quitármelo.

JUAN: No, alguien puede verla.

JULIA: No me avergüenza. ¿Debería?

Entra Cristina.

JUAN: Sólo he encontrado este par, los he lustrado.

JULIA: Gracias, Cristina. Pronto sabré lo que es estar literalmente en tus zapatos, ¿verdad, Juan?

JUAN: Podría comprarse unos nuevos.

JULIA: ¿Para qué? Sé que Cristina tiene un don maravilloso para el baile. Deseo sentir un poco de eso.

CRISTINA: Espero le sean cómodos.

Julia se calza.

CRISTINA: ¿Y?

JULIA: Me sientan de maravilla. ¿Alguna vez los usarse para bailar?

CRISTINA: Nunca.

JULIA: Entonces eso amerita un primer baile. ¿Juan?

JUAN: ¿Aquí?

JULIA: Por supuesto. Cristina puede improvisar la música con los herrajes. ¿Verdad, Cristina?

CRISTINA: Puedo hacer mi mayor esfuerzo.

JULIA: Bien, y tú Juan, sólo déjate llevar. Coloca tu manos en mi cintura y muéveme al ritmo de la música.

JUAN: ¿Está segura que quiere hacer esto?

JULIA: Cristina nos da su permiso. Es una dama generosa y además tiene un gusto exquisito... para el calzado. Tendrás el honor de ser el primero.

JUAN: Juan se acerca a Julia y la toma por la cintura.

JULIA: Sepa Juan que no soy una mujer fácil de domar, mi cuerpo y la música un campo de batalla.

Comienzan a bailar al ritmo de los sonidos de Cristina.

Escena II.

Una cocina.

Cristina corta papas. Juan entra.

JUAN: Necesito algo para no dormir, hay mucho trabajo por hacer pero he pasado la noche en vela.

Cristina corta las papas con furia.

CRISTINA: No podía con las nauseas. No sé que es lo que me enfermaba más, si el olor asqueroso o tú poniéndole las manos encima.

JUAN: Dijiste no tener problema.

CRISTINA: ¿Y qué más podía hacer?

JUAN: ¿Estás molesta?

CRISTINA: No le bastó quitarme mis mejores zapatos, sino que también se apropió de ti durante toda la noche.

JUAN: Si de algo sirve, fue terrible. Todos nos miraban. Bailaba ondulando el cuerpo de una forma poco digna. Por supuesto que llamó la atención de inmediato. ¿Qué es ese olor? ¿Es la yegua? ¿Por qué no la han quemado?

CRISTINA: Lo sabrías si hubieras estado aquí. Llegaron a revisar el cadáver porque dos cabras y una mula cayeron enfermas en los establos de al lado. Parece que la yegua tiene el muermo. Dicen que debe haber venido enferma de la guerra.

JUAN: Imposible.

CRISTINA: Estaba encinta, que eso debe haberle bajado las fuerzas y la enfermedad tuvo oportunidad de expandirse hasta matarla.

JUAN: ¿Dejarán el cadáver?

CRISTINA: Me han pedido cubrirlo con más paja, pero el olor ya es insoportable. No podemos enterrarlo hasta que venga el médico a examinarlo.

JUAN: Es una locura.

CRISTINA: Lo peor es que tu señorita nuevamente ha aparecido en el establo. La encontré por la mañana. Cuando me vio pareció no reconocerme. ¿Acaso bebió tanto?

JUAN: No mientras yo estuve cuidándola.

CRISTINA: ¿Llamas a eso cuidarla? Todos te vieron. Sacaron fuego a la pista. Estoy tan avergonzada.

JUAN: ¿Quién te ha dicho eso?

CRISTINA: No tiene importancia.

JUAN: Sí la tiene. No volveré a repetirte que vuelvas a casa tan pronto hayas terminado las compras. El muelle no es lugar para una mujer.

CRISTINA: Si me consideraras mujer me habrías respetado anoche.

JUAN: La peste está afectando tus nervios. No he sino cuidado de la señorita, sólo eso.

CRISTINA: Las suelas gastadas de mis zapatos delatan tus mentiras.

JUAN: No confiarás más en un par de zapatos que en mis palabras.

Juan la abraza.

CRISTINA: No, por favor. Voy atrasada con la comida para la asamblea.

JUAN: ¿Qué asamblea?

CRISTINA: La señorita me las ha pedido. Dos canastas con comida. Dijo que tú las llevarías.

JUAN: El señor no dejó órdenes de nada.

CRISTINA: Pues será otro de sus disparates. Toma. *(Le entrega papel y lápiz.)* Me ha pedido escribir una nota que acompañe las canastas pero yo no puedo hacerlo, eres tú el letrado.

JUAN: Esto es muy extraño.

CRISTINA: Anota: "Tomen estas canastas, regalo de la casa, que será siempre secreto, apoyo y resguardo."

JUAN: ¿Tiene destinatario?

CRISTINA: No me ha dicho más. Creí que tú lo sabrías.

JUAN: Habré de averiguarlo antes de que cometa una tontería.

CRISTINA: Creí que eras un simple sirviente y te limitabas a obedecer.

JUAN: Mi trabajo también es protegerla.

CRISTINA: Espero que estés hablando de la casa.

JUAN: Por supuesto, cualquier provocación puede tomarse en nombre de su padre y todos nosotros.

CRISTINA: ¿Tanto les debes?

JUAN: No pienso perder mi posición.

CRISTINA: Ahora hablas como señor.

JUAN: Gozamos de privilegios por ser parte de esta casa.

CRISTINA: Pero criados al fin y al cabo.

JUAN: Sólo cuido lo que me interesa.

CRISTINA: ¿Y yo, Juan? ¿Te intereso?

JUAN: Estás mareada. Abre todas las ventanas y que entre aire puro en tu cabeza.

CRISTINA: Tienes razón, es ese olor el que me tiene así, ese olor de perra en brama que va untando con sus pies descalzos en cada rincón de la casa. Incluso el olor de la yegua muerta es menos vulgar.

JUAN: Basta, Cristina. Atiende tus asuntos y límitate a servir que por ello tienes comida y techo en esta casa.

CRISTINA: No es mucho lo que te pido, Juan. Pero más vale que no me haga más ilusiones, ahora sé que la espera es el menor de los afectos, porque no hay

palabra de un hombre que valga frente a las debilidades de la luna llena. Iré a tallar el piso nuevamente.

Sale. Juan comienza a desocupar la canasta. Entra Julia.

JULIA: ¿Es que prefieren el pan de cebada?

JUAN: ¿Llevar pan a la asamblea laborista? ¿Perdió la cabeza?

JULIA: Pensé que era de hambre de lo que se morían, lo lamento, a la próxima enviaré flores.

JUAN: Intenta provocarme.

JULIA: SE elegir mis batallas, Juan, y créame, usted no es una de ellas.

JUAN: ¿Qué gana con esto?

JULIA: Protección.

JUAN: No la entiendo.

JULIA: ¿Alguna vez vio al pastor contarle sus secretos a los bueyes? No es asunto suyo, así que llevará este mensaje escrito y lo dejará en la asamblea.

JUAN: Su padre no ha dado esa orden.

JULIA: Pretendes domesticarme con argumentos débiles.

JUAN: Sólo a los animales se les domestica.

JULIA: Deberías temerle a la furia de una dama tanto como se le teme a las espinas de una rosa tudor, al fin y al cabo soy una criatura embravecida.

JUAN: No escucha razones.

JULIA: ¿De un falsario? ¿Con qué objeto? No se mienta Juan, ambos estamos del lado de la línea de los mentirosos. La diferencia es que usted se hunde más en el fango conforme más se resiste.

JUAN: Entiendo que mi actuar político ha afilado su boca, le ofrezco una disculpa.

JULIA: No hablo únicamente de eso.

JUAN: Entonces es usted la que lucha de manera absurda, con espejismos.

JULIA: Fue real cuando metías tu mano debajo de mi falda.

JUAN: Debo ir a entregar esto que me ha pedido.

JULIA: Me haces ver como una estúpida, ese es tu mayor mérito, pero entre los mentirosos existen otros que son aún peores: los cobardes.

JUAN: ¿Qué pretende?

JULIA: No tengo que buscar algo que siempre ha estado ahí.

JUAN: Fue un error, lo lamento.

JULIA: Deje de lamentarse, ni Cristina se lamenta tanto. Por cierto, dígame que no le regresaré sus zapatos, le compraré unos nuevos, o puede tomar cualquiera de los míos.

JUAN: Eso le dolería.

JULIA: ¿Unos zapatos?

JUAN: Lo que hace con ella. Todos nos vieron, todo mundo habla.

JULIA: Nunca me ha importado lo que digan. Los buitres se alimentan de eso, de carroña. Es el olor a muerte lo que los ha despertado.

JUAN: Es usted y sus insinuaciones a la que los alimenta. Una señorita y un criado...

JULIA: Repítelo.

JUAN: No es una unión digna.

JULIA: ¿Qué les hace pensar que yo deseo a mi criado? ¿Qué es lo que te hace pensar que yo te deseo?

JUAN: Pues es lo...

JULIA: ¿Alguien nos ha visto? Imposible. Simplemente porque nunca ha pasado nada. No existe. Es un error común pensar que la gente habla de lo que no ve, es todo lo contrario, la gente fantasea con historias a partir de lo que es obvio.

JUAN: ¿A qué se refiere?

JULIA: A usted y Cristina.

JUAN: Ella y yo estamos bien.

JULIA: Usted cree que unos zapatos la lastiman. Es ciego. Anoche la encontré en el establo, mirando a la yegua muerta. Ella, descalza frente a todo ese bulto hinchado y pestilente.

JUAN: ¿Por qué miente?

JULIA: La sangre manchaba sus pies.

JUAN: Fui yo quien la encontró a usted, ¿recuerda?

JULIA: Lo sé, no así anoche después de regresar del baile. Usted estaba tan nervioso que prefirió irse a su alcoba, no sin antes meter tres dedos dentro de mí y haberse impregnado de olor suficiente para el resto de la madrugada. Y entonces la escuché en el establo. ¿Le parece una casualidad que yo justo estuviera bailando en sus zapatos y ella estuviera descalza en el establo como lo estuve una noche antes?

JUAN: Miente, miente.

JULIA: Si yo fuera usted, esta noche no dormiría. Tarde o temprano lo descubrirá por sus propios ojos.

JUAN: ¿En qué momento se convirtió en esto? ¿Cuándo me tomó usted por sorpresa y se transformó en esta...?

JULIA: Cuide sus palabras, no quiere herir a una dama.

JUAN: Eras sólo una niña.

JULIA: Desde entonces me observabas.

JUAN: La cuidaba.

JULIA: Y existe un fragmento de segundo en el que el guardia duda si se está enamorando de la reliquia, se pregunta por qué él no es digno de poseerla.

JUAN: Porque sólo es un criado.

JULIA: Es un hombre al fin y al cabo. La naturaleza no ve sino esas dos distinciones: cazador y presa.

JUAN: ¿Quién soy yo?

Entra Cristina.

CRISTINA: Lo lamento, sólo venía por más jabón.

JULIA: La cocina es su templo Cristina, no debe pedir permiso. Le contaba a Juan que todos creen que los laboristas no lograrán ganar en los sufragios. ¿Usted qué piensa?

CRISTINA: Supongo que es algo que nos conviene a todos.

JULIA: No es por esto que muchas mujeres pelearon por el voto. ¿O me dirás que eres feliz siendo lo que eres?

CRISTINA: A veces no sé ni lo que soy.

JULIA: Hasta los negros sueñan, Cristina. ¿Tú con qué sueñas? Y no mires a Juan que él no responderá por ti.

CRISTINA: Me gustaría tener una granja en las afueras de la ciudad.

JULIA: Excelente. Bueno, sabe cocinar, sabe atender una casa, ahora sólo falta hombre para mantenerla.

CRISTINA: Creí que sabía que Juan y yo estamos...

JULIA: ¿Casados?

CRISTINA: No, bueno...

JULIA: Ya escuchaste, Juan, quiere una casa a las afueras de la ciudad, es seguro que con los liberales eso no estará siquiera en sus manos.

JUAN: Si su padre la escuchase podría reprenderla.

JULIA: ¿Mi padre? Qué va a saber mi padre de la vida de obrero. Hay que hacer un esfuerzo y calzarse en los zapatos de los criados de vez en cuando. Y eso me recuerda que no podré devolverte tus zapatos Cristina, no por ahora.

CRISTINA: Está bien, señorita.

JULIA: Sin embargo les haré justicia. Jamás moveré el cuerpo tan livianamente como tú lo haces, pero haré mi mayor esfuerzo.

CRISTINA: ¿Volverá a bailar?

JULIA: Lamentablemente esos son secretos que me es imposible revelarles, a menos que gusten de saber de la intimidad de los otros.

CRISTINA: Por supuesto que no, lo siento.

JULIA: Nos veremos más tarde, entonces.

JUAN: ¿Necesita que la acompañe?

JULIA: Necesito que entregues lo que te pedí y después le cumplas sus deseos a tu mujer, Juan. El corazón de una dama es frágil.

Sale.

JUAN: No la entiendo. Jamás se había comportado así.

CRISTINA: Debes entregar la cesta.

JUAN: ¿Sigues molesta?

CRISTINA: Es la peste la que debe tenerme tan vulnerable. Terminaré con esto e iré a recostarme.

JUAN: ¿Puedo visitarte en tu alcoba?

CRISTINA: No, Juan, no puedes.

Sale.

Escena III.

El establo.

Julia está descalza mirando al espacio vacío. Cristina la espía sigilosamente. De pronto Julia se desvanece y Cristina acude a su auxilio.

CRISTINA: ¡¿Señorita?!

Cristina sostiene a Julia quien yace desvanecida, toca su frente. Julia despierta bruscamente y arremete contra Cristina tumbándola al piso intentando ahorcarla. En breve vuelve en sí y se aparta.

JULIA: Lo lamento mucho. Cristina, ¿te he hecho daño?

CRISTINA: Sólo un rasguño en el cuello.

JULIA: No sé qué me sucedió, ¿hace cuánto estamos aquí?

CRISTINA: La seguí. La escuché por los pasillo y la seguí. Estuvo unos minutos de pie en este lugar y luego se desvaneció.

JULIA: Estás sangrando un poco.

CRISTINA: No es grave.

JULIA: Estoy tan apenada.

CRISTINA: Me preocupaba que se hubiera hecho daño.

JULIA: ¿Nadie se ha despertado?

CRISTINA: Parece que no.

JULIA: Qué bueno que has sido tú la que me ha encontrado. Moriría de vergüenza si alguien más me viera así.

CRISTINA: ¿Alguien como Juan?

JULIA: Cualquier hombre, Cristina. Nombra alguno que no está dispuesto a sacar ventana de una mujer vulnerable.

CRISTINA: Supongo que entonces ha corrido con suerte.

JULIA: Eres tú la afortunada, no hay debilidad en una mujer de tu tipo.

CRISTINA: ¿Se refiere a una criada?

JULIA: Sin el juicio de las personas encima de ti como aves rapaces esperando un paso en falso y que caigas al vacío. Dime, Cristina. ¿La gente habla de mí?

CRISTINA: Si así lo hacen he sido sorda a los comentarios.

JULIA: No tienes que mentirme, se que lo hacen, y sólo tú puedes ser honesta conmigo.

CRISTINA: La vieron bailar la otra noche, eso sólo alimentó la idea de que usted...

JULIA: ¿Yo qué?

CRISTINA: ...que usted y los hombres, sus criados...

JULIA: ¡Pero qué locura! ¿Y tú les has creído?

CRISTINA: No, por supuesto que no. Creo que es mejor que entremos a la casa.

JULIA: ¿Y qué hubiera pasado si hubieras sido tú la que bailara esa noche con él? No habría pecado alguno, ¿cierto? Deseo tanto tu vida, Cristina.

CRISTINA: No sabe lo que dice.

JULIA: ¿Qué se siente ser libre?

CRISTINA: Soy mujer, una mujer no es libre, señorita.

JULIA: Tienes razón, qué ingenuidad la mía.

CRISTINA: ¿Qué hacía a estas horas en el establo? No es la primera vez que lo hace.

JULIA: Debo ser sonámbula y no me he percatado de ello. Por favor no se lo digas a nadie.

CRISTINA: No lo haré.

JULIA: Ni siquiera a Juan, especialmente a Juan. Yo no he sido sincera contigo, Cristina. Temo por mi reputación. Yo simplemente quería divertirme y bailar,

y a Juan lo conozco desde que él era joven y yo era niña. Nadie de mejor confianza que él.

CRISTINA: ¿Qué pasa?

JULIA: Debió ser la luna llena.

CRISTINA: La luna sólo es morada, no engendra deseos, esos nacen a la luz del día.

JULIA: Él te ama.

CRISTINA: Entonces ya tuvo lo que quería.

JULIA: Hace semanas que noté que me miraba diferente.

CRISTINA: Me refería a usted.

JULIA: ¿Perdón?

CRISTINA: Lo quiso a él y lo ha tenido. Ahora podrá dejar de mojar sus interiores.

JULIA: Cristina, se confunde.

CRISTINA: Habrán enterrado la carne muerta pero la peste sigue en esta casa, ¿sabe por qué? Porque es usted la que está pudriéndose por dentro. E infecta la cabeza de todos con su verborrea y su pasos ligeros a media noche y su cintura moviéndose cerca de sus entrepiernas mientras bailan. ¿Cree que no lo sé? Soy una criada, no una estúpida. No se necesita ser letrada para saber sus intenciones.

JULIA: Finalmente estás despierta. ¿Eres tú la verdadera Cristina?

CRISTINA: ¿Aún quiere calzarse con mis zapatos? Esta soy yo, una mujer vulgar, pero jamás una puta. Aún recuerdo a todos los soldados hablando del triunfal recibimiento que la señorita Julia les dio. Debió dolerle la mandíbula después de comer tantos miembros. Y ahora pretende que crea la historia en la que él la acosa.

JULIA: ¿Por qué te afecta tanto?

CRISTINA: Usted no sabe nada.

JULIA: Sólo sé cómo me miras.

CRISTINA: Usted no es el centro del mundo.

JULIA: Pero lo soy de tu cabeza. ¿Por qué he tenido que pedirte unos zapatos prestados? Porque alguien me ha robado los míos.

CRISTINA: Dijo que los aventó a los abusadores.

JULIA: Protegía a la ladrona. ¿Oler mi cama mojada? ¿Seguirme a media noche?

CRISTINA: Sus insinuaciones son absurdas, mejor debería callarse.

JULIA: Tal vez no es de los hombres de quien me siento más vulnerable, sino de usted.

CRISTINA: Basta.

JULIA: ¿Ahora huye acorralada? Hace un momento se despojaba de la rabia y me insultaba.

CRISTINA: No debí hacerlo.

JULIA: No se detenga.

Julia toma un fuste.

CRISTINA: Suelte eso.

JULIA: Te dije que te recompensaría en préstamo.

CRISTINA: No fue un préstamo. Yo fui quien robó sus zapatos. ¿Ahora va a azotarme?

JULIA: Desnúdate.

Julia se desnuda.

CRISTINA: Vístase.

JULIA: Me deseas.

CRISTINA: No seré otro de sus soldados.

JULIA: ¿Crees que una cogida te dejaría satisfecha? No, tu quieres más.

CRISTINA: Intenta manipularme.

JULIA: Pero no te has ido, has elegido quedarte, porque tus piernas son débiles para marcharse sin aquello que el resto del cuerpo sabe que desea. Hazlo.

CRISTINA: ¡Juan!

JULIA: Mírame, Cristina.

CRISTINA: ¡Juan!

JULIA: Desnúdate.

Silencio. Se escucha a Juan a lo lejos. Julia se acerca a Cristina, están muy cerca, se miran. Cristina se despoja de su ropa. Entonces se aleja y se esconde. Juan entra.

JUAN: ¿Qué pasa? Creí que alguien había entrado.

CRISTINA: Arrodíllate.

JUAN: ¿Qué haces desnuda?

CRISTINA: ¡Arrodíllate!

Le pega con el fuste en una pierna. Julia los observa. Juan se arrodilla. Cristina comienza a tocarse. Juan la observa, se excita. Cristina se acerca a Juan, le acerca su entrepierna a la boca.

CRISTINA: ¡Cómelo!

Oscuro.

Escena IV

La cocina.

Cristina está sentada. Juan entra.

CRISTINA: ¿Y?

JUAN: Aparentemente fue un suicidio.

CRISTINA: ¿Qué? ¿Cómo es eso posible?

JUAN: No lo sé, eso dijeron.

Juan se sienta. Permanecen en silencio.

CRISTINA: Debería ponerme a limpiar.

JUAN: Cristina...

CRISTINA: No digas nada.

Sale. Juan permanece inmóvil en la cocina. De pronto las nauseas lo atacan y vomita en una cubeta de madera. Se sienta. Palpa las comisuras de sus labios, encuentra un rastro de sangre. Oscuro.

Escena V

El establo. Julia está sentada observando las caballerizas. Juan entra, se acerca a ella.

JULIA: Cuando era pequeña mi papá me obsequió esta yegua. Llegó siendo un animal dócil, pero yo no la quería. Cada vez que mi padre se esmeraba en ganar mi afecto, yo lo odiaba un poco más y también a todo lo que me daba. Pero con la yegua fue distinto. No sé si ella cambiaba y se parecía más a mí, o yo me parecía más a ella. Así fue hasta que un día uno de los criados nos dijo que el animal no tenía más remedio, estaba descontrolada, llevaban semanas intentando domarla, pero no dejaba que nadie se le acercara. Ahí terminó de ganar mi admiración y mi afecto. Incluso la guerra no la venció como lo hizo con los soldados que sobrevivieron. ¿Cuántos caballos mueren en una guerra, Juan?

JUAN: No lo sé, nunca me lo he preguntado.

JULIA: ¿Los caballos fueron cobardes? Cuando vieron morir a los otros caballos, ¿sintieron algo? ¿los caballos sienten miedo?

JUAN: No a morir, no saben lo que es la muerte.

JULIA: Ella lo sabía.

JUAN: Imposible. *(Pausa.)* Señorita, ¿usted la mató?

JULIA: ¿Qué te hace pensar semejante cosa?

JUAN: Lo lamento, no debo permitir que los comentarios de otros me confundan, es algo que siempre le digo a Cristina, no sé qué me ha pasado.

JULIA: ¿Qué comentarios? ¿De quiénes?

JUAN: No tiene importancia.

JULIA: ¿Son los mismos que dicen que estoy loca? ¿Los que aseguran que soy una golfa, una borracha?

JUAN: No valen la pena.

JULIA: ¿Tú que piensas, Juan?

JUAN: Que la envidian.

JULIA: Ahora dime lo que realmente piensas tú. Después de todo has vivido en esta casa mucho más tiempo que yo. Si el derecho de antigüedad se hiciera legítimo, tú estarías en mi lugar.

JUAN: Imposible.

JULIA: ¿No lo has pensado nunca?

JUAN: Estoy satisfecho y agradecido con lo que tengo.

JULIA: No está mal votar a los obreros.

JUAN: Las leyes de igualdad sólo existen para los acomodados.

JULIA: Para los hombres acomodados, las mujeres seguiremos estando en el mismo sitio sin importar si somos amas o esclavas.

JUAN: Sabe que yo cumpliría lo que usted ordenara.

JULIA: ¿Y si te ordenara que me amaras?

JUAN: Señorita...

JULIA: Deja de llamarme así.

JUAN: La respeto.

JULIA: Es parte de la hipocresía en la que te gusta ahogarte. Por qué no aceptas de una vez tus instintos, esos sí son reales.

JUAN: El instinto es propio de las bestias, la inteligencia lo es de los hombres.

JULIA: Y las mujeres, siempre te olvidas de las mujeres, Juan.

JUAN: Por supuesto, no quería ofenderla.

JULIA: Me subestimas, como todos. Y te ríes de mí.

JUAN: Jamás.

JULIA: Tejes tu desprecio a mis espaldas. ¿Me he convertido en otra mujer más de este galpón? No soy otra yegua más.

JUAN: Eso está claro.

JULIA: Pero aún así te atreviste a usarme.

JUAN: No sé de qué habla.

JULIA: Este establo es una cripta, y es la cripta de tu hipocresía.

JUAN: Baje la voz, todos duermen.

JULIA: Reuniones clandestinas, sexo prohibido, ¿qué otros secretos ocultas en este lugar?

JUAN: La luna le produce alucinaciones.

JULIA: Es cierto. Antes esas alucinaciones eran contigo. Ahora te detesto.

JUAN: Un hombre no puede perder algo que jamás ha tenido.

JULIA: ¿Niegas el amor que te profesé?

JUAN: Las putas son incapaces de amar.

JULIA: Por fin habla tu verdadero yo.

JUAN: No quise decirlo.

JULIA: Ese es tu problema, eres demasiado cobarde para merecer la supervivencia.

JUAN: Cuido mi futuro.

JULIA: ¿Qué futuro, Juan? Tú bien sabes que estás enfermo, tanto como yo lo estoy. Fuiste tú quien mató a la yegua. Para quitarla del camino. Hay una epidemia de muermo en este pueblo, y tú la comenzaste.

JUAN: Construir mentiras se ha vuelto su mayor destreza.

JULIA: La yegua llegó enferma de la guerra y tú te contagiaste en este lugar. Y ahora corres el rumor que me señala como puta y asesina. Cristina ha escuchado los rumores de la boca de las mujeres del muelle, mujeres con las que tu has compartido la noche en este establo.

JUAN: Llamaré a un médico, es preciso que alguien la examine.

JULIA: Yo no tengo más que perder, Juan. Siempre he sido una loca para ellos. En cambio tú...

JUAN: Basta.

JULIA: Y Cristina, la pobre Cristina.

JUAN: Ella duerme, no es necesario que...

JULIA: Ella también, ¿cierto? Los caballos de guerra tal vez no reconozcan la muerte, pero los humanos sí. Y la muerte está en nuestros rostros.

JUAN: Será mejor que no diga nada. Si su padre se entera, si todos se enteran, usted jamás volverá a ser la misma. ¿No le parece ya suficiente lo que dicen de usted?

JULIA: Mi padre es igual de hipócrita que tú. Tú creciste a imagen y semejanza de él. Pero ahora morderás su mano.

JUAN: Usted también ha estado en este establo. Todos esos hombres...

JULIA: Jamás estuve con ellos.

JUAN: Debe importarle aunque sea un poco su reputación. Pero usted es afortunada, nació en el seno de una familia adinerada. Puta o loca seguirá siendo poderosa.

JULIA: Yo me ofrecí a ti, Juan, y conmigo ese poder del que hablas.

JUAN: Me ofreció un juego donde me correspondía perder. El criado que juega con fuego se quema.

JULIA: El criado que juega con las bestias, tarde o temprano termina devorado. Tú mismo lo has dicho, el instinto es de las bestias. Porque eso soy yo, Juan, una bestia indomable. Jugaste sin darte cuenta.

JUAN: Y he perdido.

JULIA: Aún no es el final.

JUAN: La muerte lo termina todo.

JULIA: Uno puede elegir su propia muerte.

JUAN: No estará pensando en...

JULIA: ¿Tú sentirías miedo de verme morir, Juan?

JUAN: Lloraría.

JULIA: Únicamente para que mi padre te viera. Te gusta lamer las suelas de tus patrones.

JUAN: ¿Y? Es usted la que chupa miembros de criados.

JULIA: Ambos estamos condenados. Envidio a la yegua, envidio su muerte, una fuerte fuerte, sin ser doblegada.

JUAN: ¿Por qué no huye? Es eso lo que quiere, ¿no? Ser libre.

JULIA: ¿Tú vendrías conmigo?

JUAN: Si me lo ordenara.

JULIA: Entonces te ordeno que vengas conmigo.

JUAN: Y si pudiera pagarme.

JULIA: ¿Este cuerpo no te es suficiente?

JUAN: He tenido mejores. ¿Has visto a Cristina? Es una extraordinaria bailarina, en la pista y en la cama.

JULIA: No son nada extraordinarios, incluso los asnos se aparean con más gracia.

JUAN: Incluso nos ha espiado.

JULIA: Tú también intentarás huir, Juan. Pero ella no irá contigo. Porque un macho herido pierde su poder sobre las hembras. Nosotras crecimos siendo débiles, pero tú no sabes lo que es eso. Las moscas pronto se van a agolpar en tu garganta y será muy tarde para rogar misericordia. Así que pronto saldré de este lugar, pronto saldré de esta casa y tú podrás venir conmigo o perecer. Si la inteligencia es don de los hombres, has uso de ella.

Julia se aproxima a la salida.

JUAN: Señorita Julia.

Julia se detiene.

JUAN: Voy a necesitar que le devuelva las zapatillas a Cristina. Si piensa huir, gaste sus propios pies, ya que no tiene más yegua que cabalgar.

Escena VI

La cocina. Juan está bebiendo una botella de vino. Hay otras botellas vacías en la mesa. Cristina entra.

CRISTINA: ¿Por qué estás bebiendo?

JUAN: No hay más patrones en esta casa, y el vino no está hecho para los adinerados, sino para aquellos que saben disfrutarlo.

CRISTINA: Debes buscarla y traerla de vuelta.

JUAN: No. Decidí que no seré más el responsable si algo le pase. Yo no fui quien crio a una perra.

CRISTINA: Tu vida corre peligro, Juan.

JUAN: ¿De qué hablas?

CRISTINA: Sobre el líder obrero, en principio se dijo que había sido un suicidio, pero no es así. Fue un asesinato.

JUAN: Los políticos son unas ratas asquerosas, todos tarde o temprano se transforman cuando tienen el poder en sus manos.

CRISTINA: Se culpan a ti, Juan.

JUAN: Eso es una locura.

CRISTINA: Fuiste tú quien le llevo una canasta con alimentos.

JUAN: No fui yo, fue ella, la señorita Julia.

CRISTINA: Te vieron a ti.

JUAN: Por supuesto que me vieron a mi, pero yo sólo fui un peón de su encargo de muerte. Si alguien ha planeado todo esto, ha sido ella. Es ese síndrome de la gente adinerada, ven tan cerca la derrota en manos del movimiento que son capaces de cometer atrocidades como ésta.

CRISTINA: No te creerán.

JUAN: Tienen que creerme, yo les he dado asilo durante toda la planeación, traicioné las reglas de esta casa para dejarlos reunirse clandestinamente en las caballerías.

CRISTINA: No será suficiente. Esa noche, la del baile, ¿recuerdas?

JUAN: La recuerdo muy poco.

CRISTINA: Bebieron, se abrazaron, los vieron juntos toda la noche. Juan, creen que tú estás con ella, que tu amor los hizo traicionarlos. Y el muermo, todos sabrán que tú lo iniciaste.

JUAN: No es así. Ya yegua estaba enferma.

CRISTINA: Y tú fornicabas con prostitutas sobre la paja de ese animal enfermo. Todos los caminos los llevan a ti, a las caballerizas y a la señorita Julia. Te lo dije, Juan. Era un error estar con ella, pero no te importó.

JUAN: Tienen que confiar en mi inocencia.

CRISTINA: Necesitarás comprobarla.

JUAN: Pero ella se ha ido.

CRISTINA: Debes buscarla y traerla de vuelta.

JUAN: Jamás la encontraré.

CRISTINA: El muelle, Juan. Debió haber ido para allá, tomará la primera embarcación que la lleve lejos de este lugar.

JUAN: No podría, no se lo permitirían.

CRISTINA: No ha empacado nada. ¿No lo entiendes? Intentará escabullirse dentro.

JUAN: ¿Es capaz esa mujer?

CRISTINA: Todo este tiempo te ha engañado, nos ha engañado. Te usó, Juan. Fuiste tan idiota creyendo que eras tú quien la poseía pero era ella quien te estrangulaba lentamente.

JUAN: Me crees, ¿verdad Cristina? Los hombres tenemos necesidades.

CRISTINA: ¿Te refieres a las prostitutas o te refieres al poder?

JUAN: Yo te amo. Quiero estar contigo.

CRISTINA: Sólo debo creer lo que veo, no lo que escucho; tú mismo me lo has repetido infinidad de veces. Demuestra tu inocencia, Juan, o será tu fin.

JUAN: Perderé todo si la acuso, su padre...

CRISTINA: Su padre no podrá hacer nada si se demuestra su falta de cordura. Debes buscarla.

JUAN: Nunca me sentí tan débil.

CRISTINA: Deja de beber a menos que quieras acostumbrarte a esa sensación.

JUAN: Debo irme. Cristina, espera por mí.

CRISTINA: Vete, Juan.

Juan sale presurosamente. Julia entra a la cocina.

JULIA: Cristina.

CRISTINA: ¿Por qué las arañas no se enredan en sus propias redes? ¿Lo sabe, señorita?

JULIA: ¿Por qué le has mentado?

CRISTINA: Porque él no tenía esperanza. Juan está muerto, hace semanas que escupe sangre sin parar. No hay sábanas sin una gota de él.

JULIA: Yo no envenené a nadie.

CRISTINA: Lo sé.

JULIA: Tu misma cocinaste todo lo que iba en el interior de esa canasta.

CRISTINA: Lo sé.

JULIA: ¿Has sido tú?

CRISTINA: Una criada como yo conoce sus límites, señorita Julia. Definitivamente la política no es de mi incumbencia. Por supuesto que yo no envenené a nadie, nadie lo hizo.

JULIA: ¿Entonces?

CRISTINA: Escuché a las mujeres decir que dudaban que se hubiera suicidado, después de todo era un hombre de buena fe. Bastó un rumor para que todos hablaran y creyeran que había sido un asesinato. Le viene bien a su movimiento hacer mártires y no sólo políticos. Un rumor bastó. Uno del mismo tipo que la hacen presa a usted, señorita. Es suficiente con que una sola persona diga que es una puta para que todos lo crean, porque están demasiado ansiosos de verla caer, de ver a la araña enredarse en su perfección. Así que le corresponde a la araña hacer crecer su telaraña mientras ellos se distraen en nimiedades, y cuando menos lo esperan, la red está tejida y ellos están atrapados en ella. Es supervivencia.

JULIA: ¿Tú iniciaste esos rumores? ¿De Juan y yo estando juntos esa noche?

CRISTINA: De ustedes juntos, de usted siendo una perra en brava, del asesinato del líder de obreros. Los inicié yo.

JULIA: Juan y yo...

CRISTINA: Nunca estuvieron juntos esa noche. Llegaron ebrios. Pero si el alcohol no hubiera sido obstáculo, lo hubiera hecho, ¿no? Tal vez yo lo hubiera hecho estando en su lugar. Todos deseamos un poco el lugar del otro.

JULIA: Dicen que hay arañas que se comen a otras arañas, incluso otras que superan su tamaño.

CRISTINA: No soy su enemiga, aunque por momentos quise serlo. En realidad la cuido. No ha tejido su red lo suficientemente bien, señorita.

JULIA: ¿Qué quieres?

CRISTINA: Que huyamos de aquí. Es así de simple.

JULIA: ¿Juntas?

CRISTINA: Cuando era joven trabajé en una casa similar a esta, con muchos criados y grandes caballerizas. Después de una fuerte tormenta que destruyó las caballerizas, optaron por construir unas nuevas frente a la montaña. Fue un grave error. Los caballos enloquecieron al poco tiempo. Pasaron de ser dóciles a ser animales bravos. Tal vez era el anhelo de libertad lo que los

excitaba. El dueño optó por abrir sus establos una noche, al final de cuantas poseía el dinero para comprar otros caballos. Pero los caballos no se fueron. Los caballos fueron cobardes, estando a un paso de su libertad no pudieron dar un paso fuera de la caballeriza. *(Pausa.)* Usted tiene el dinero, señorita Julia, no pienso robarle nada a nadie, jamás he sido una ladrona. Yo por mi parte tengo la experiencia. ¿Usted cree que su yegua si hubiera sido liberada hubiera sobrevivido allá afuera? No. Lo mismo sucedería con usted, una niña rica, intentando vivir en un mundo de pobres. Necesita alguien que le enseñe a no ser cobarde. Su actitud rebelde es mera altanería. Una vez afuera no duraría una sola noche.

JULIA: No tengo nada.

CRISTINA: Tiene las joyas de su padre.

JULIA: Las tiene ocultas.

CRISTINA: Nada es invisible a los ojos de un criado, señorita.

JULIA: Tengo miedo. Juan podría escapar y buscarnos.

CRISTINA: Juan debe estar por llegar al muelle. Ahí lo están esperando para apresarlos.

JULIA: Lo mandaste a una trampa.

CRISTINA: Es momento de que nos vayamos.

JULIA: Estamos enfermas también, Cristina.

CRISTINA: Sólo crea en lo que ve, señorita. Y yo, lo único que veo, es libertad. Alístese, señorita Julia.

JULIA: No me llames así.

CRISTINA: Bien, Julia, he dejado una maleta hecha en tu habitación.

JULIA: No tienes que hacerlo más, ser una criada para mí.

CRISTINA: Lo sé. Nunca lo fui. Sólo es mi modo de quererla.

Se miran. Julia se dirige a la salida.

JULIA: Debo empacar tus zapatillas.

CRISTINA: Quédatelas, no las necesito. Los caballos silvestres no necesitan zapatos para galopar.

Julia sale. Cristina toma la botella de vino que ha dejado Juan a medio servir. La observa y tira su contenido.

Oscuro.